

EL TERCER SECRETO DE LA VIRGEN DE FÁTIMA

Por NELSON CRESPO



El 13 de febrero de 2005, a los 97 años de edad, falleció Sor Lucía, la última sobreviviente de los tres pastorcitos a quienes la Virgen María se les apareció en Fátima, Portugal, quien custodió durante décadas los llamados “Secretos de Fátima”, cuyo contenido, en lo referido al tercero, hasta el año 2000 fue mantenido en un sigilo total.

Como garante de la integridad del mensaje profetizado, la larga vida de Sor Lucía marca el inicio y la consumación de un siglo convulso, como es habitual en los anales de la humanidad. Un siglo que vio nacer y sucumbir imperios e ideologías, sistemas y bloques políticos, un siglo marcado por el martirio y el exponencial aumento de las persecuciones, (declaradas o solapadas), contra la Iglesia; un siglo estigmatizado por dos Guerras Mundiales y por la Guerra Fría, en el cual la humanidad estuvo en vilo ante la amenaza nuclear, y que pasó

Espacio Laical 4/2008

ante los ojos de la vidente de “Cova de Iría” como copa no sólo llena, sino rebosante.

Sor Lucía

Lucía de Jesús dos Santos nació el 22 de marzo de 1907 en Ajustrel, cerca de Fátima. A los 10 años declaró haber visto por primera vez, el 13 de mayo de 1917, (junto a sus primos Francisco y Jacinta Marto): “...sobre una encina a una Señora vestida de blanco, más brillante que el sol, esparciendo luz más clara e intensa que un vaso de cristal lleno de agua cristalina atravesado por los rayos ardientes del sol...”.

Desde entonces, la Virgen se les aparece en múltiples ocasiones y pide que recen y hagan penitencia. Desde las primeras apariciones, Lucía es la vidente principal. Ella es la que ve, oye y habla con la Virgen. Jacinta sólo la ve y la oye, pero no habla; mientras que Francisco sólo la ve. Poco después de las apariciones, con 10 y 9 años, respectivamente, mueren Francisco y Jacinta. Lucía consagra su vida a la oración y a la contemplación; profesa como Carmelita Descalza y toma el nombre de Sor María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, guardando clausura hasta el día de su muerte.

Algunas precisiones

Antes de adentrarnos en el tema es necesario recordar que no hay ningún dogma de fe en materia de apariciones. En Cristo, Dios ha dicho todo, es decir, se ha manifestado a sí mismo y, por lo tanto, la revelación ha

concluido con la realización del misterio de Cristo que tiene su expresión escrita en el Nuevo Testamento. Este hecho vincula a la Iglesia con el acontecimiento único de la historia sagrada y de la palabra revelada; ella es la garante e interprete de este acontecimiento. No obstante, ello no significa que la Iglesia ahora sólo pueda mirar al pasado y esté así condenada a una estéril repetición.

El Catecismo de la Iglesia Católica precisa al respecto que “...aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos...” (# 66); algo que compete, por mandato de Cristo, al Magisterio, a la Tradición viva de la Iglesia.

En lo referido a las “revelaciones privadas” (como es el caso de las de Fátima), el Catecismo puntualiza: “A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de “mejorar” o “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia...” (# 67); teniendo siempre presente que, como acota el papa Benedicto XIV: “No se debe un asentimiento de fe católica a revelaciones aprobadas en tal modo; no es ni tan siquiera posible. Estas revelaciones exigen más bien un asentimiento de fe humana, según las reglas de la prudencia, que nos las presenta como probables y piadosamente creíbles”.

Con estas precisiones podemos adentrarnos en el tema.

Fátima

Sin lugar a dudas, Fátima es la más profética de las apariciones modernas. La visión revelada a los pastorcitos constituye en realidad un único "Secreto" dividido en tres partes que, en el momento de la aparición en Cova de Iría, debían reservarse los videntes. La primera y la segunda parte del "Secreto" refieren una aterradora visión del infierno, la devoción al Corazón Inmaculado, el anuncio del fin de la Primera Guerra Mundial, el augurio del advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y la previsión de un conjunto de daños inminentes que realizarían los sistemas ateos y totalitarios en su lucha contra la fe cristiana.

Al respecto refiere el "Segundo Secreto":

"...inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza: Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra (la Primera Guerra Mundial) pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor (la Segunda Guerra Mundial). Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedir-la, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me

consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz...", (traducción literal del texto escrito por Sor Lucía el 31 de agosto de 1941, refiriendo la visión ocurrida el 13 de julio de 1917).

Tercer Secreto

La primera y segunda partes del "Secreto" son hechas públicas en el año 1941. Sobre ellas Sor Lucía refiere: "...exceptuando la parte del secreto que por ahora no me es permitido revelar, (la tercera), diré todo. Advertidamente no dejaré nada. Supongo que se me podrán quedar en el tintero sólo unos pocos detalles de mínima importancia...", (8 de diciembre de 1941).

No obstante, en 1943, Sor Lucía cae gravemente enferma. El obispo de Leiria-Fátima le conmina a que, por obediencia, transcriba aquellas palabras que en 1941 "no le son permitido revelar", para que, en caso de fallecimiento, no se pierdan. De este modo, la vidente plasma por escrito el "Tercer Secreto" el 3 de enero de 1944, entregándolo en un sobre lacrado al Obispo, aunque con la especificación de que sólo podía ser abierto después del año 1960.

En el año 2000, antes de la publicación del "Tercer Secreto", el cardenal Tarcisio Bertone, (entonces Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, actual Cardenal Secretario de Estado del papa Benedicto XVI), le preguntó a Sor Lucía: "...¿Por qué la fecha tope de 1960?, ¿Ha sido la Virgen quien ha indicado esa fecha?..." a lo que ella respondió: No, "no ha sido la Señora, sino yo la que ha puesto la fecha de 1960, porque según mi intuición, antes de 1960 no se hubiera entendido, se habría comprendido sólo después. Ahora se puede entender mejor". Acotándole: "Yo he escrito lo que he visto, no me corresponde a mí la interpretación, sino al Papa", (27 de abril de 2000).

De este modo, el sobre lacrado es conservado, (sin acceder a su contenido), por el Obispo de Leiria-Fátima hasta que en el año 1957 es enviado a la Santa Sede. El enigmático sobre

llega al Vaticano y el papa Pío XII lo manda a guardar en los Archivos Secretos del Santo Oficio, (4 de abril de 1957).

Acercándose la "fecha límite" de 1960, (el 17 de agosto de 1959), el Comisario del Santo Oficio, lleva el sobre al papa Juan XXIII. El Papa, (según refieren los apuntes de los Archivos Secretos), "...después de algunos titubeos dijo: Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida...". Después de su lectura, Juan XXIII resuelve no revelar el contenido y lo reenvía a los Archivos Secretos. De igual modo, su sucesor, el papa Pablo VI, lee el manuscrito el 27 de marzo de 1965 y lo devuelve a los Archivos Secretos con la determinación de no publicarlo.

Sin embargo, el 13 de mayo de 1981, ("coincidiendo" con el día dedicado a Nuestra Señora de Fátima), va a suceder algo imprevisto: confundidos entre los presentes y apostados cerca de la fuente Compagnola Bianca, en el lado derecho de la vaticana Plaza de San Pedro, dos asesinos profesionales, Mehmet Ali Agca y Oral Celik, armados de sendas pistolas y una granada, esperan la ocasión para matar al papa Juan Pablo II. El plan era sencillo: cuando el Papa estuviera cerca de ellos, Agca le dispararía con una Browning automática de 9 mm. y Celik le secundaría con una Beretta de 7,65 mm. Después, Celik lanzaría la granada y, aprovechando la confusión, huirían.

El vehículo descapotable que traslada al Pontífice avanza lentamente. Juan Pablo II saluda y estrecha las manos de los más próximos. Una mujer levanta a su hija, el Papa toma en brazos a la niña, la besa y la devuelve a su madre. Centenares de flashes alumbran la escena. A menos de seis metros, una pistola se alza sobre la muchedumbre, apunta hacia Juan Pablo II y dispara. Una monja vio como el hombre que tenía a su lado levantaba la mano con un arma. Sorprendida, trató de impedirlo y se colgó literalmente del brazo de Agca. La pistola cayó al suelo. Celik no pudo lanzar la granada.

Gravemente herido, en medio de la conmoción general, el Papa es trasladado al Policlínico Gemelli. Juan Pablo

II, consciente aún, y con los ojos cerrados, durante el trayecto va repitiendo: “Virgen María”, “Virgen María”. Al llegar al Gemelli se desmaya y queda inconsciente. Temiendo por su vida le administran la Extremaunción. La operación para salvar al Pontífice duró cerca de cinco horas, durante las cuales prácticamente se desangró debido a una hemorragia interna. Los médicos certifican que el proyectil inexplicablemente no tocó ningún órgano vital.

Meditando sobre el tema, Juan Pablo II afirmará: “...una mano materna guió la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte...”. Puntualizando: «...cuando fui alcanzado por la bala no me di cuenta en un primer momento que era el aniversario del día en que la Virgen se apareció a tres niños en Fátima...», señalando que fue su secretario personal quien lo notó después de la operación.

Una vez recuperado, el Papa pide que le traigan el “Tercer Secreto”. Le son entregados dos sobres: uno blanco, con el texto original de Sor Lucía escrito en portugués y otro de color naranja con la traducción al italiano. Juan Pablo II decide inmediatamente la consagración del mundo, (y de Rusia en particular: “Unión Soviética” en aquellas fechas), al Corazón Inmaculado, tal y como pedía la Virgen en el “Segundo Secreto”. Para ello compone una oración para lo que definiría como “Acto de Consagración”, el cual es celebrado en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981. (Imposibilitada la presencia del Papa se transmite su alocución grabada). Con posterioridad, los dos sobres son devueltos a los Archivos Secretos, (11 de agosto de 1981).

A los cuatro meses del atentado, ya recuperado de la operación, Juan Pablo II vuelve a la Plaza de San Pedro para encontrarse con los fieles. En el encuentro confiesa: “...nuevamente me siento deudor de la Virgen Santísima. ¿Podría olvidar que ese acontecimien-

to tuvo lugar en la Plaza de San Pedro en el día y a la hora en que, desde hace más de sesenta años, se recuerda en Fátima, Portugal, la primera aparición de la Madre de Cristo a los pobres campesinos? Porque en todo lo que me sucedió precisamente en ese día he percibido la extraordinaria protección y solicitud materna, que se mostró más fuerte que el proyectil asesino...”.

Al año del atentado, (13 de mayo de 1982), Juan Pablo II peregrina en Acción de Gracias a Fátima y repite el Acto de Consagración. Con posterioridad entrega la bala que lo hiriera mortalmente al Obispo de Leiria-Fátima para que se conservara en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la bala es engarzada en la corona de la imagen de la Virgen.

El día anterior a esta segunda consagración Sor Lucía indica al Papa: “... aunque no constatamos aún la consumación completa del final de esta profecía, vemos que nos encaminamos poco



Sor Lucía con su Santidad Juan Pablo II

a poco hacia ella a grandes pasos... no digamos que de este modo es Dios que nos castiga; al contrario, son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables...”, (12 de mayo de 1982). Meses después, el 27 de diciembre de 1983, el Papa visita en la cárcel al hombre que intentó ase-

sinarlo y le ofrece su perdón. Sin embargo, Alí Agca le cuestiona de modo severo: “... ¿Por qué no murió? Yo sé que apunté el arma como debía y sé que la bala era devastadora y mortal. ¿Por qué entonces no murió?...”. Y, para sorpresa de Juan Pablo II, le pregunta a quemarropa: “¿Por qué todos hablan de Fátima?».

El Papa, a pesar de las dos consagraciones, (1981 y 1982), concibe una “nueva consagración”, la cual, a diferencia de las anteriores, no sería realizada únicamente por él, sino al unísono con todos los obispos del orbe, previamente convocados al efecto. De este modo, el 25 de marzo de 1984, Juan Pablo II, (en unión con todos los obispos del mundo), consagra nuevamente a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado, en un tono que evoca las angustiadas palabras, (incomprensibles a plenitud en su momento), pronunciadas en la consagración de 1981:

“...Madre de los hombres y de los pueblos, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos...¡Corazón Inmaculado!, ayúdanos a vencer la amenaza del mal... que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da

la impresión de cerrar el camino hacia el futuro... Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias...”.

Tiempo después Sor Lucía comunica al Papa que con esta solemne y universal consagración quedaba consumado lo implorado por la Virgen. Al

respecto le escribe: "...Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha (la consagración) tal como Nuestra Señora había pedido...". A partir de esta fecha los acontecimientos se sucederán precipitadamente.

Refiere el Tercer Secreto:

"...después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios, algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, a un Obispo vestido de blanco, hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre.

También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios", (traducción literal del texto escrito por Sor Lucía el 3 de enero de 1944, refiriendo la visión ocurrida el 13 de julio de 1917).

Interpretación del Tercer Secreto

La visión de Fátima tiene que ver ante todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Al respecto el cardenal Angelo Sodano, (entonces Secretario de Estado), refería al finalizar la ceremonia de Beatificación de Francisco y Jacinta el 13 de mayo de 2000, (día en que se anunció la publicación del "Tercer Secreto"):

Los sucesivos acontecimientos del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos Países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el Sumo Pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo XX, conserva todavía hoy una estimulante actualidad.

Para permitir que los fieles recibieran mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el papa Juan Pablo II encomendó a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del "Secreto", después de preparar un oportuno comentario y su interpretación. El mismo fue realizado por el cardenal Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (actual papa Benedicto XVI), (comentario e interpretación aprobados por Juan Pablo II y ratificados por Sor Lucía).

De este modo, el "Tercer Secreto" y su interpretación son hechos públicos por la Santa Sede el 26 de junio de 2000. Al respecto refiere el cardenal Ratzinger: Quien lee con atención el texto del llamado "Tercer Secreto" de Fátima tal vez quedará desilusiona-

do o asombrado después de todas las especulaciones que se han hecho. No se revela ningún gran misterio; no se ha corrido el velo del futuro. Vemos a la Iglesia de los mártires del siglo apenas transcurrido representada mediante una escena descrita con un lenguaje simbólico difícil de descifrar. ¿Cómo debemos entender la visión, qué hay que pensar de la misma?

Viene a nuestra mente la frase de la Primera Carta de Pedro: "meta de vuestra fe es la salvación de las almas" (1,9). Para este objetivo se indica como camino, de un modo sorprendente, la devoción al Corazón Inmaculado de María. Para comprender ello es necesario realizar algunas precisiones. "Corazón" significa en el lenguaje de la Biblia el centro, la esencia de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El "corazón inmaculado" es, según Mt 5,8, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, "ve a Dios". La "devoción" al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el "fiat", (Hágase tu voluntad), se convierte en el centro animador de toda la existencia.

Como palabras claves del "secreto" están "salvar las almas", así como el triple grito: "¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!". El ángel con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La visión muestra después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia.

De ese modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que los niños vieron, no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. Toda la visión tiene lugar en realidad sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. El sentido de la vi-

sión no es el de mostrar una película sobre el futuro ya fijado de forma irremediable. Su sentido es exactamente el contrario, el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien.

Las frases del texto muestran muy claramente el carácter simbólico de la visión: Dios permanece como el incommensurable y la luz que supera todas nuestras visiones. El lugar de la acción aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una gran ciudad medio en ruinas y, finalmente, una gran cruz de troncos rústicos.

Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las cuales el hombre destruye la obra de su propio trabajo. Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma.

Aparecen después personas humanas: el Obispo vestido de blanco, otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un Via Crucis, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. Se puede ver representada en esta imagen la historia de todo un siglo.

¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del “secreto”, reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado, con las siguientes palabras: “...fue una mano materna a guiar la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se paró en el umbral de la muerte”. Que una “mano

materna” haya desviado la bala mortal muestra una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones.

Conclusión

Con razón, enfatiza el entonces cardenal Ratzinger, se ha hecho famosa una frase que compendia los tres secretos: “Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará”. ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios. Pero desde que Dios, con la Encarnación de su Hijo y, sobre todo, con el holocausto redentor de la Cruz, ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, (hacia Dios mismo, Bien Supremo); la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra.

En el Santuario de Fátima, horas antes del anuncio de la publicación del “Tercer Secreto”, Juan Pablo II, postrado en oración ante la Virgen, se despojó del anillo pontifical que el cardenal Stefan Wyszyński, (entonces Arzobispo de Varsovia), le había regalado como obsequio del pueblo polaco cuando fue elegido Papa y lo depositó como ofrenda a los pies del altar. El íntimo y elocuente gesto sellaba la consumación de una centuria que comenzó con la visión revelada a unos niños el 13 de mayo de 1917 y que con la publicación del “Tercer Secreto” cerraba una página de la historia de la humanidad marcada por la trágica voluntad humana de poder e iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

El 2 de abril de 2005, víspera de la Octava de Pascua, día en que la Iglesia celebra la Divina Misericordia, signada por la jaculatoria: “¡Jesús, en Ti confío!”, (a sólo 48 días de la muerte de Sor Lucía en la clausura del Carmelo

de Santa Teresa en Coimbra, Portugal); en Roma, ante la mirada de cientos de peregrinos que en Vigilia de Oración en la Plaza de San Pedro acompañaban al Venerado Pontífice en su agonía, en el Palacio Apostólico se corrían las cortinas y se apagaban las luces del Apartamiento Pontificio, mientras las campanas de la Basílica de San Pedro anunciaban que el papa Juan Pablo II había concluido su peregrinar en la tierra y partía a la Casa del Padre.

¿Queda algo más por decir? Siguiendo instrucciones del Papa, el 17 de noviembre de 2001 el cardenal Tarcisio Bertone, meses después de la publicación del “Tercer Secreto”, (y de su interpretación), realizó esta misma pregunta a Sor Lucía.

La anciana vidente respondió de modo lapidario: “Se ha publicado todo, no hay más secretos”.



Referencia: *El Mensaje de Fátima*, Congregación para la Doctrina de la Fe, Ciudad del Vaticano, 26 de junio de 2000.